

Imitación de Cristo

CUANDO TENÍA CATORCE años, mi padre me regaló un pequeño libro, en una edición preciosa, de piel, con hojas de papel cebolla. Cuando me lo entregó, sólo me dijo: “Léelo”. Cuando estuve en Canadá, fui acompañada por ese libro. Cuando estuve en Francia también fue mi compañía. Me refiero al libro *Imitación de Cristo*, del monje holandés Tomás de Kempis. Se trata de un libro de consolación, una compañía, un libro de enseñanza, de sabiduría; pero, sobre todo, un libro que ayuda a la vida interior. No por nada muchísimas personas a lo largo del mundo lo han leído desde hace siglos. Es tan popular el libro de Kempis que se dice que sólo lo supera la Biblia en número de ediciones. Dicen que Santa Teresita del Niño Jesús, la santa francesa que murió a los veinticuatro años, se sabía de memoria fragmentos enteros del Kempis. También se cuenta que era el libro que recomendaba San Ignacio de Loyola a todos los monjes de su orden. Finalmente, se cuenta que San Felipe Neri se hizo religioso gracias a su lectura. Pero no nada más los católicos y los cristianos han mostrado admiración por este

maravilloso libro. En el prólogo a la edición de 1827, se dice: “Un Rey moro hizo tanto aprecio de él, que le hizo traducir en su idioma; y puesto entre los libros mahometanos, tenía en su estimación el primer lugar”. Hay que decir que escritores como Juan Ramón Jiménez, Amado Nervo y José Vasconcelos lo tenían entre sus libros de cabecera. Hasta los ateos, como Miguel de Unamuno, eran grandes admiradores de este libro. Entre las frases que le gustaban a Vasconcelos se encuentra aquella que dice: “Ni tu elogio ni tu vituperio puede beneficiarme o dañarme”. Pero quizá lo más acertado que se ha escrito sobre este libro es el poema de Amado Nervo, titulado precisamente “A Kempis”: “Ha muchos años que busco el yermo, / ha muchos años que vivo triste, / ha muchos años que estoy enfermo, / ¡y es por el libro que tú escribiste!”

¿Pero quién era Tomás de Kempis (1380-1471), el desconocido autor de uno de los libros más populares? Hay que decir que Kempis se refiere al lugar donde nació, un pequeño poblado alemán muy cercano a la frontera con Holanda. Antes de que se le ocurriera ser monje aprendió el oficio de copista, pues hay que recordar que tenía sesenta años de edad cuando Gutenberg inventó la imprenta. Los copistas se encargaban de reproducir libros religiosos para los conventos, así que tenían que hacerlo con una caligrafía muy precisa. Era tal el cariño que tenía Kempis por la literatura sagrada que mientras trabajó en su taller, copió él solito cuatro veces la Biblia. Muchos de los libros que hacía iban a dar al convento donde vivían los miembros de la orden de los Hermanos de la Vida Común. Conforme fue teniendo más relación con ellos, creció su deseo de convertirse en monje.

Frente a la iglesia medieval, que era severa, disciplinada y quizá poco sensible a la vida de las personas, Kempis se dio cuenta de que la religión tenía que ser algo cercano. Así que comenzó a interesarse por la vida de los fieles, quienes lo consideraban su “director espiritual”. Además empezó a tener fama por sus consejos, ya que era comprensivo, amoroso; pero, sobre todo, mostraba mucha sensibilidad con todas las personas con las que platicaba. Entre lo más importante que aconsejaba estaban la humildad y la pobreza. “¿Para qué sirven las riquezas?”, se preguntaba, “¿si todo se acaba, si todo se marchita? Debemos penetrar las cosas con nuestra inteligencia y llegar a conocer lo invisible”.

Kempis era un amante del conocimiento porque a los pueblos a donde llegaba la orden de los Hermanos de la Vida Común, sus miembros se hacían profesores y abrían escuelas en donde enseñaban a leer, religión, ciencia y el estudio del latín. A lo largo de muchos años, con las meditaciones que realizaba, con los consejos que guardaba entre sus notas, Kempis fue creando un libro en el que decía que la salvación de la vida era imitar a Cristo: “Nada más él no se marchita, nada más sus enseñanzas no se disuelven”. Empezó a escribir su libro, en forma de pequeños aforismos, muy sencillos pero muy sabios a la vez: “El amor aligera todo lo pesado”; “No hay cosa más dulce que el amor, ni más fuerte, ni más ancha, ni más alegre, ni más cumplida, ni mejor en el cielo ni en la tierra”; “El rincón usado se torna dulce”; “Hace mucho el que ama mucho”.

Aunque llegó a vivir noventa años, su libro no se hizo público mientras tanto. Se dice que existe un manuscrito firmado por él, que data de 1441. Pero fue un año después de su muerte

que se hizo la primera edición, en 1472, es decir, veinte años antes de que se descubriera América. Uno de los grandes méritos de su libro, además de sus frases llenas de poesía, es que fue obra de uno de los primeros autores dedicados a conocer la vida interior. Su primer consejo: “Hay que comenzar por uno mismo”. Kempis es el defensor de la sinceridad, de la humildad y de la pobreza. Como todo se acaba y todo pasa, hay que seguir el sendero de la religión. No imaginó jamás que su libro se convertiría en uno de los más leídos del mundo.

Don Quijote

DECÍA MI PADRE que en el mundo hay dos tipos de personas: los que han leído el *Don Quijote* y los que no. De ahí que tanto le insistiera a mi hermano que leyera esta novela cumbre. “Pero ¿cómo?, ¿no has avanzado con el Quijote? Tienes que leerlo, es mucho más importante que los libros de Derecho”, le decía con insistencia. Para muchos escritores, *Don Quijote* es el libro de referencia, el fundamental y el más sabio. Carlos Fuentes lo leía cada año y Thomas Mann opinaba que era “un mar narrativo”; prácticamente no hay escritor que no tenga entre sus favoritas esta obra.

Miguel de Cervantes (1547-1616) jamás se habrá imaginado que su libro sería tan importante. Él pensaba que su mejor novela era *La Galatea* (1585), que había publicado a la edad de 38 años. Sin embargo, dicha obra en la actualidad está olvidada. El mundo de Cervantes es el de la España de Felipe II, el rey que se enfrentó a Inglaterra intentando dominar los mares y con ello el comercio, y que fue derrotado en 1588. Felipe II murió en 1598 y dejó la corona en la cabeza de su hijo Felipe III, un

gobernante frívolo que se dedicó a derrochar su herencia. Cervantes vivió en el Siglo de Oro, es decir, cuando España produjo la literatura más esplendorosa. Fueron los años de Lope de Vega, Francisco de Quevedo y Luis de Góngora. También es la misma época de Shakespeare (no hay que olvidar que murió justo un día después que Cervantes). Nada más que a diferencia de sus contemporáneos, Cervantes era pobre y no gozaba de la ayuda de un gran mecenas, así que se dedicó al teatro y por años soñó con viajar a América para trabajar en la burocracia de la Nueva España. Además de pobre, Cervantes tuvo que sufrir la burla de sus contemporáneos, porque no tenía igual fama que la de ellos; por ejemplo, Lope de Vega dijo en una ocasión: “¿Lo peor para el año que viene? *Don Quijote*”.

Puede aceptarse que antes del *Don Quijote*, Cervantes no era tan exitoso como sus colegas. Tal vez la popularidad de este libro publicado en 1605 lo asombró, ya que no se imaginaba que la historia de un hidalgo pobre y loco que peregrinaba por los campos de Castilla con su escudero, fuera a gustar tanto. El *Don Quijote*, en muchos pasajes, cuenta la propia vida de Cervantes; en la primera parte del libro hay muchos personajes que se cruzan con don Quijote y Sancho, los cuales cuentan las historias de sus vidas, y en muchas hay referencias a Argel. En 1571, cuando Cervantes tenía veinticinco años, participó en una batalla contra los turcos en Lepanto, Grecia. Cuando regresaba a España, el barco en el que viajaba fue capturado y Cervantes llevado a Argel, en el norte de África, en donde estuvo en cautiverio cinco años. Muchas de las experiencias de Argel están en el *Don Quijote* y en sus obras de teatro.

Fue tanto el éxito del *Don Quijote*, que apenas se publicó se hicieron varias ediciones y se tradujo a otros idiomas; pero también, desde el principio, la novela fue desaprobada por la Iglesia, porque don Quijote no va a misa, quiere a Dulcinea más que a cualquier cosa en el mundo y tiene visiones que los demás no captan. Desde que se publicó la primera parte, Cervantes se puso a trabajar en la segunda, y se tardó diez años en terminarla. Para entonces el novelista estaba muy engolosinado con sus personajes y los conocía tan a la perfección que seguramente se encariñó con ellos, porque don Quijote sufría por lo que le hacían los otros personajes; se nota que su creador le tenía mucha compasión y mucho cariño. Sancho, a pesar de su ignorancia y de su simpleza, tiene un alma del tamaño del mundo. Y cuando lo nombran gobernador enteramente lo es y como el más sabio. Además, Sancho sabe perfectamente que se encuentra en un juego con su amo, porque en un momento de la novela don Quijote le confiesa que todo es un engaño. De ahí que el italiano Giovanni Papini escribiera, en 1916, el ensayo *Don Quijote del Engaño*, en el que afirma que el Quijote no es un loco, sino un imitador que se hace pasar por loco y que engaña a todos, hasta a Cervantes.

Finalmente, quiero decir que si alguien ha sido bueno en el mundo ése es Cervantes. Gracias a él podemos conocer la grandeza del alma, la belleza de las personas y lo más maravilloso de la imaginación. Cuando se publicó la segunda parte del *Don Quijote*, en 1615, Cervantes ya estaba muy enfermo; sin embargo, todavía continuó escribiendo *Los trabajos de Persiles y Segismunda* (1617), la cual sería su novela póstuma. Cuando le quedaban apenas unos días de vida, Cervantes tomó la pluma

LEER O MORIR

para escribir el prólogo al *Persiles*. Ahí se ve que este novelista lo que más deseaba era hacer felices a sus lectores: “¡Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida!” Ciertamente pocas alegrías hay en la vida como leer *Don Quijote de la Mancha*.